

La tradición y la moda pasean en Quitrín

■ RAQUEL MARRERO YANES

Para muchos cubanos la sola mención de la palabra quitrín significa remontarse en el tiempo cuando las mujeres cubanas se engalanaban para pasear en aquellos carruajes tirados por caballos.

Y justamente para rescatar tradiciones y como fuente de empleo nace en 1986, por idea de Vilma Espín, el Centro de Desarrollo Artesanal Industrial **Quitrín**. Desde entonces las artes manuales tendrían aquí un espacio privilegiado para desarrollar los más atractivos conjuntos en los que se conjugan las tradiciones cubanas en el vestir con refrescantes y modernos diseños.

Acogedor y funcional resulta su inmueble marcado con el No. 163 en la calle Obispo, esquina a San Ignacio, en el Centro Histórico de La Habana Vieja. Sus vidrieras exhiben prendas de incuestionable belleza que atraen al caminante. Pero nadie imagina que detrás de los salones de ventas provistos de vestuario para toda la familia, ajuares para el hogar y accesorios, también talleres, jardines, salones y áreas expositivas forman parte del Centro.

En 1986 la Dirección Nacional de la Federación de Mujeres Cubanas (FMC), con el apoyo del Fondo de Naciones Unidas para el Desarrollo de la Mujer (UNIFEM), organizaron este proyecto, en el que cada día aumenta el número de mujeres (sobre todo jóvenes), que traspasan su umbral interesadas en aprender las artes manuales que dominaban las abuelas y que en muchos lugares se fueron olvidando con el tiempo.

Es por ello que, desde su creación, el 16 de marzo de 1986, cada una de las féminas que forma parte de esta institución, se propuso enseñar sus secretos y habilidades en la costura y el tejido, a cuantas personas lo deseen, sin distinción de sexo o edad.

Aquí la fuerza de trabajo es mayoritariamente femenina (más de 80 mujeres) que distingue a la marca **Quitrín** con una línea de diseño y un estilo particular. Desde 1997 el Centro tiene estatus de empresa lo que permitió la ampliación del proyecto y abrir

El Centro de Desarrollo Artesanal Industrial Quitrín, fue ideado por Vilma Espín con el propósito de rescatar tradiciones en el vestir y acercarla a las modas actuales. Sería además, otra fuente de empleo para quienes conozcan las artes manuales



Viejos oficios se retoman en manos nuevas. Foto: Otmaro Rodríguez

un centro en Santiago de Cuba y una tienda en Varadero.

■ OFICIOS VIEJOS EN MANOS NUEVAS

Afanosas costureras, unas artífices y experimentadas, aprendices otras, creadoras todas, permanecen en las naves de trabajo con la vista fija en cada puntada y atentas al más mínimo detalle para garantizar la producción industrial, conocida en el mercado nacional con la marca **Quitrín**; y en amplios y silenciosos salones de entrenamiento, alumnas de diversas edades se balancean en comadritas (sillones de principios de siglo), mientras reciben clases.

“Enseñamos el arte de manualidades que

prevalecieron en el vestir cubano siglos atrás, como el miñardí, frivolité y crochet, los deshilados, bordados a mano, sin faltar labores de corte y costura y la confección de carteras”, explica Oneida Reyes, al frente de este proyecto en el cual, durante estos 25 años, se han graduado más de 6 000 mujeres.

La también fundadora de **Quitrín** habla de la validez de estos cursos organizados tres veces en el año, por un módico precio de 60 pesos en moneda nacional y a través de los cuales, lo mismo hombres que mujeres, tienen la oportunidad de formarse como artesanos.

Mientras las experimentadas instructoras

Leydi Echenique, Idalmis Fornaris y Xiomara Acosta, enseñan con destreza, paciencia y profesionalidad; las alumnas, sin dejar de medir, cortar, coser o tejer, comentan lo aprendido.

“La mayoría llegamos sin saber nada”, asegura Bárbara Angulo, trabajadora en el Café París, que además estudia bordado, corte y costura con el único propósito de dominar esas habilidades. Igual lo hace Mayber Valdés.

Sin embargo, Gloria María Cabrera y Grisell Curbelo, al conocer la convocatoria, pensaron en comenzar a trabajar como costureras en la nueva modalidad de trabajador por cuenta propia. Y otras, muy jóvenes, como Yiselis Noriega, de 19 años y Sulem Hernández, de 16, estudian la técnica de crochet y quieren iniciar otras modalidades que también les serán útiles para la vida.

Al frente de sus producciones están reconocidas especialistas en el arte del diseño como Nadia González, ahora subdirectora técnico productiva de **Quitrín**, quien nos confirma una vez más que en cada proyecto hay una mezcla de lo tradicional con la moda, no solo en la producción industrial, sino también en el servicio de atelier, donde las piezas se confeccionan a gusto de los clientes, pero respetando la tradición.

“Aunque empleamos máquinas industriales, la maestría, destreza y delicadeza de las manos femeninas es fundamental para lograr la exclusividad que los identifica en cuanto a diseño, calidad y cubanía, elementos decisivos en la comercialización”, explica Nadia

El trabajo de alforzas sobre tejido de algodón blanco, en la típica guayabera cubana, la clásica bata y la blusa de señora, producciones que permanecen en la preferencia de los clientes tanto cubanos como extranjeros, marcan la diferencia de **Quitrín**, avalada por premios y reconocimientos en Ferias y Salones nacionales e internacionales.

Para este colectivo amante de la buena costura, el mayor reconocimiento está en la visita de quienes allí acuden convencidos de que en **Quitrín** respetan la tradición y van siempre a la moda.

Juventud y deseos de producir

■ YOEL ALMAGUER DE ARMAS (estudiante de periodismo)

“El campo, más que trabajo y abnegación, es parte de mi vida. Mis padres eran campesinos y yo crecí rodeado de tierra y monte”, relató el joven Abel Domínguez, mientras preparaba los viveros de lechugas para la próxima siembra en el organopónico de la UBPC 24 de febrero, de La Habana.

Al recordar los días en que sin dejar el trabajo logró graduarse como Agrónomo y Máster en Ciencias Agrícolas, refiere que a veces los efectos de la producción no son los esperados, se cree que una cosecha no superará la anterior y es cuando los cálculos propuestos superan los estimados, “pues aquí también hay parte de suerte y mucho”.

Afirma que, si bien el día a día le depara no pocas adversidades, el tiempo siempre demuestra cuánto vale el sacrificio, porque “en cualquier lugar en que te encuentres, lo más importante es la superación del hombre y lo que seamos capaces de hacer para dar respuestas a los problemas”.

“Siempre tuve motivación por el trabajo en el surco, y

ahora, además de sacarle provecho, paso el resto del tiempo enseñando a los más jóvenes técnicas y conocimientos aprendidos en la práctica y el estudio”.

Y así transcurren sus jornadas, ideando nuevas soluciones que puedan contrarrestar el déficit ocasional de abonos y de medios sofisticados para la labranza. “Lo gratificante de todo radica en imponernos ante las limitaciones y sentirnos útiles socialmente.”

La máxima de nuestro Comandante en Jefe, Fidel Castro, de que los jóvenes son capaces de hacer los grandes sacrificios, reconforta la labor de quienes como Abel trabajan por garantizar parte de la alimentación que espera el pueblo.

“Todavía quedan personas que desconocen los secretos atrayentes de esta profesión; sin embargo, existen muchachos con deseos de trabajar y no aprovechamos al máximo esa fuerza que tanta falta hace”.

Igualmente, destacó que el proceso histórico que vivimos exige un espacio para alertar sobre el encarecimiento de algunos productos alimenticios en el mercado.

Muchas aspiraciones de este joven están por cumplir, “quisiera hacer más, ahora que me sobran fuerzas, vida y deseos para producir, pero el día solo tiene 24 horas”.



Todavía quedan personas que desconocen los secretos de esta profesión, aseguró Abel.

Foto: Otmaro Rodríguez